



Entrevista a Aldo Mazzucchelli¹

ÁLVARO ZAS²

Aldo Mazzucchelli, (Montevideo, 1961) es un reconocido poeta, ensayista, y escritor. Formado en el Instituto de Profesores Artigas como docente de Literatura, se doctoró en Letras en la Universidad de Stanford (California) con una tesis sobre el «Tratado de la imbecilidad del país» de Julio Herrera y Reissig. Actualmente es profesor en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad Brown, en Rhode Island, una de las ocho universidades integrantes de la Ivy League estadounidense.

Fue además periodista, con una larga trayectoria en la revista *Posdata* y en su suplemento cultural, «Insomnia», del que fue director.

Invitado a participar en las Jornadas de Literatura y Psicoanálisis exponiendo sobre su biografía de Herrera y Reissig («La mejor de las fieras humanas», Montevideo, Taurus, 2009) Aldo accedió amablemente a esta entrevista con la RUP que se llevó a cabo, a sugerencia del entrevistado, en un viejo bar de Montevideo, «La Giraldiva», que todavía conserva las huellas de los comienzos del siglo XX uruguayo, la época que vio florecer la poesía de Herrera.

1 mzz@brown.edu

2 Egresado del Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis de APU. Rossell y Rius 1521/801. alvarozas@adinet.com.uy

A. Z. — Nuestro interés inicial por entrevistarte surgió a partir de las Jornadas de Literatura y Psicoanálisis en una de cuyas Mesas participaste disertando sobre «La mejor de las fieras humanas», tu libro sobre la vida de Herrera y Reissig.

Luego, profundizando un poco más en lo planteado allí, repasando otros aspectos de tu obra; leyendo tus poesías y descubriendo tus múltiples intereses, se dibujó otra línea posible para conversar ya que el próximo número de la Revista tiene como tema: «Efectos de palabra». Se abrió entonces un abanico mucho mayor para conversar contigo sobre varias cosas, porque, para comenzar nuestra charla, qué mejor que preguntar a un poeta sobre efectos de palabra...

A. M. — Es interesante el nombre, la expresión, la formulación, porque justamente, para empezar por algún lado, ahora armé una cosa que se llama «Grupo de Lectura Filosófica», que funciona en la Universidad ORT donde estoy dando unas clases este año, con docentes y estudiantes avanzados de varias carreras distintas, de varias Facultades, donde nos propusimos leer algunos textos y comentarlos, y justamente te diría que hemos discutido algunas cuestiones que tienen mucho que ver con esto de *efectos de palabra*. Trato de explicar dónde veo tal relación. Las cosas sobre las que hemos girado tienen que ver con dimensiones de la experiencia que no llegan a ser *interpretadas* de manera desarrollada, abierta, pero que de todos modos impactan en la vida, en la experiencia vivida y generan efectos, respuestas, reacciones, etc. Un ejemplo obvio: cuando llegaste acá, si la silla estaba bien en cuanto a la forma, resistencia y demás te sentaste pero capaz que sin pensar en la silla; te sentaste y nunca dejaste de pensar en lo que venías pensando. O sea hay cosas que sabemos hacer y que nunca llegan o raramente llegan a un campo conciente formulado. De otra manera podría decirse, que nunca terminan en transformarse a la dimensión intelectual o ponerse en palabras. Sin embargo son cosas que forman parte de la vida, que tienen que ver con nuestra existencia, que hacemos, que sabemos hacer, que hemos adquirido habilidad para hacer durante tiempo. Desde subir una escalera, tocar un instrumento musical, manejar un vehículo, etc., etc.

Ahora bien, en un segundo paso de razonamiento, tú objetarías a todo esto que digo: pero eso se acota justamente a lo que es *no* lingüís-

tico, no proposicional. Y yo te diría que no, y que ahí está justamente la cuestión. En el lenguaje *hay también* una dimensión no lingüística, o sea una dimensión de sonido, de tono, de ritmos, que impacta, que genera efecto; pero no son efectos interpretables como sentido. He ahí lo que yo diría como *efectos de palabra* que no son efectos de sentido. Son acaso efectos de los sonidos del lenguaje, efectos de oído, efectos de toda esa densidad de mundo que viene arrastrada en el lenguaje, que nos orienta, que nos da valores y un juego de atracción-rechazo que, sin embargo, no es reductible a significados.

A veces creemos que podrían ser traducidos a sentido, y lo intentamos. Como cuando decimos «está raro el clima, porque no hace frío pero está feo igual». Es poner en palabras una sensación muy compleja que probablemente tiene mucho más que eso, pero que no sabemos conceptualizar porque no tenemos lenguaje para eso; decimos lo que podemos. Pero eso no agota ni explica lo que sentimos. Más bien yo diría que es como un puente para decirle al otro, sentí el clima, y ese otro, si Dios quiere, sentirá lo mismo que yo. Pero no lo sabemos, el lenguaje no lo aclara. Lo mismo podríamos hacer con otros efectos no lingüísticos del lenguaje; decir: acá hay una persona que tiene una forma de hablar particular, o cuando decimos que alguien es aburrido, o seductor, hay unas cuantas cosas que decimos que tratan como de reflejar un algo que no tiene que ver estrictamente con lo que dice, pero que sin embargo genera un efecto, y eso es un efecto de palabra, me parece. Pero no es un efecto de *sentido*; no es hermenéutico, no es del campo de lo intelectual.

- A. Z. — ¿A qué te referís con que no es hermenéutico?
- A. M. — Que no es reductible a una discusión de significado puro.
- A. Z. — No sería comprensible desde el campo de la conciencia.
- A. M. — A ver si te gusta de esta forma: genera un efecto pero no es comprensible, en el sentido de que no es... A ver, ¿qué significa comprensible? ¿Nos orientamos respecto a eso? Sí. La palabra «orientar» creo que sirve, uno se orienta frente a ese efecto. Uno dice por ejemplo: me gusta, no me gusta, o quiere hacer cosas en relación con eso, quiere salir corriendo por ejemplo, o quiere seguir hablando, o se enamora de la persona, o piensa que no puede vivir sin escuchar eso. Se mueven

muchas cosas que pasan con el lenguaje que son de orden emocional, de orden no intelectual, en el sentido más reductivo de la palabra intelectual, «intelectual» como ese espacio social que se inventó y se disciplinó en el siglo XIX. Es decir una forma de funcionar en la vida que tiene que ver con conceptualizar, hacer deducciones lógicas, discutir según los marcos estrictos de esos conceptos, llegar a conclusiones. Y el problema es que esa es solo una de las cosas que se puede hacer con el lenguaje. Con el lenguaje se pueden hacer mucho más cosas.

- A. Z. — ¿Sería algo más cercano a la intuición, también?
- A. M. — Sí, como intuición en el sentido de darse cuenta sintéticamente, sin poscodificación intelectual, de algo... sí, ¿qué te parece «orientar»? A mí me gusta mucho para todo esto una metáfora, de la cual —es más—, tengo pensado escribir algo si puedo, que es la de *oído*.
- A. Z. — Vi que en las Jornadas una intervención te interesó a partir de Herrera y su producción en base al oído.
- A. M. — El oído, como cuando hablamos del «oído musical», pero que se puede generalizar a otras cosas; es algo que está más desarrollado, más quizás focalizado en alguna gente que en otra, como hay tantas habilidades que están más focalizadas o más desarrolladas o concientes en alguna gente que en otra. Pero hay un oído literario, como hay también un oído visual por decirlo así. El oído, en general, creo que tiene que ver con cosas como orientación, equilibrio, ajuste. Si uno está improvisando en música, jugando con una escala musical, tenés que saber cuándo parar, cómo terminar una frase, cuándo mantener un silencio, cuándo hacerlo más largo o más corto, o sea que siempre es una cuestión de ajuste, por decirlo en palabras. La improvisación, o el agarrar por ejemplo un ritmo, una idea musical, es algo que tiene que ver con una habilidad muy no-intelectual. No se piensa, realmente. Sí se está perfectamente conciente pero no se está «pensando», se está viviendo de otra forma en ese espacio/tiempo. Y ese no estar pensando y estar haciendo a la vez tiene algo que ver con dejar en blanco la mente, con dejarse llevar, con el trance, con la hipnosis. Por algo la música está asociada con todas esas cosas, y por algo el ritmo tiene que ver con esto también. Muchas disciplinas que buscan la meditación, el cambio de conciencia, usan ritmos de algún

tipo —musical lingüístico a menudo, como es el caso del mantra o de la liturgia católica medieval—. También esos son *efectos de palabra*, ahí tenemos algunos bien claros.

O sea que ahí hay toda una constelación de cosas que son muy interesantes para mí, y creo que diste justo con la formulación.

- A. Z. — Precisamente, me quedé pensando a propósito de estas elaboraciones que hacés sobre este tema, que la hipótesis de lo inconciente ahí está muy cerca. Por lo menos ese es un lenguaje, formulaciones, que para los psicoanalistas son problemas muy cotidianos. Tanto en lo que hace a los ritmos en el encuentro entre madre e hijo...
- A. M. — Eso me interesa, ¿ritmos?
- A. Z. — Hay trabajos en nuestro medio sobre el tema. Pero más allá de los ritmos, ha sido estudiada desde hace tiempo esa posibilidad de encuentro y desencuentro muy primario como una de las bases del origen del psiquismo. Y un movimiento fundante de lo inconciente. ¿Cómo talla la hipótesis de lo inconciente aquí...?
- A. M. — No me atrevo a meterme en el campo que no es el mío, pero una pregunta un poco atrevida quizás en relación con este tema, en la que capaz estoy equivocado: en las diferentes formas de comprender el inconciente a partir de Freud para adelante, una concepción moderna, digamos, ¿no hay una presuposición de que las estructuras, si es que hay del inconciente, son sacables o formulables en lenguaje, finalmente?, ¿en categorías concientes? ¿Cómo es la relación entre ambos bloques, digamos?
- A. Z. — Mirá, podría responderte que no hay una sola formulación sobre el inconciente entre los grupos psicoanalíticos. Hay distintos modelos de inconciente, desde Freud en adelante.
- A. M. — Sí, pero yo estoy pensando en diferencias entre la reducción a lo intelectual y otras tendencias distintas, dentro del campo del mismo psicoanálisis. Jung, por ejemplo, y los arquetipos como formas primarias de estructuración de lo inconciente iría por otro lado en esto. Pues esos arquetipos luego pueden tener una representación de diferente tipo, simbólica, pero que claramente *no es* lingüística, de hecho se puede llegar al símbolo por imágenes, por muchas cosas. Mientras que en lo freudiano hay una primacía de la palabra, de lo verbal lineal...

A. Z. — Ahí yo te pregunto, ¿eso de Jung no sería lingüístico, por imágenes?

A. M. — No.

A. Z. — ¿Icónico?

A. M. — No, claramente, las imágenes que no son letras no son lenguaje para mí. Te lo digo radicalmente. O sea, justamente una de las cuestiones teóricas de todo esto, que es interesante, yo soy casi fundamentalmente contrario a De Saussure y a todo el estructuralismo. Lo digo medio en broma pero... pero me parece que esa matriz, que en el fondo es positivista, es decir sujeto – objeto que subyace a todo el desarrollo de la lingüística científica del XIX y XX, tiene consecuencias en la forma de relacionar lenguaje, conocimiento y mundo que son reductivas. O sea, la idea de que el lenguaje es el modelo semiótico para toda la forma de comunicación —el lenguaje verbal—, creo que es una idea bastante mala porque termina obligando a fenómenos que no son lingüísticos a entrar dentro de los cánones, de los formatos de lo lineal, de los principios del signo de De Saussure y eso produce como falsas explicaciones. Es como si estructuralizara fenómenos para entenderlos desde ese lugar, pero esos fenómenos son más ricos y más complejos que una estructuralización, que una división analítica en partes y un estudio de las relaciones entre las partes.

Por ejemplo, algo que toca lo del inconciente: el principio fundamental de la teoría del signo de De Saussure es el de la *arbitrariedad* del signo lingüístico. De Saussure lo explica, luego de separar significante de significado, diciendo que la relación entre significante y significado es *arbitraria*. Así que no hay ninguna motivación por la cual un significado determinado reciba un sonido determinado y dice que la prueba es que de un lado de la frontera se dice «buey» y del otro lado de la frontera se dice «boeuf» y del otro lado dice «ox»; que el mismo significado (y el mismo referente, el mismo objeto), supuestamente, el mismo buey se diría con diferentes ruidos.

Eso, que es perfectamente comprensible, todo el mundo lo entiende enseguida y dice «claro», «claro». Sin embargo, esa es una claridad muy falsa. Porque ese principio sería válido solo para un sujeto cuyo mundo no estuviera preformateado por *un* lenguaje en particular.

Me explico. Sería cierta tal arbitrariedad tan solo para un sujeto equidistante a todos los lenguajes existentes. O sea, una ficción, un «sujeto universal» como es el caso de todos los sujetos imaginarios de la filosofía universalista, objetivista, etc. de la ciencia. Entonces, según tal ficción, todos somos equidistantes de un objeto material y podemos estudiarlo con objetividad, con independencia, porque un objeto es esencialmente ajeno a nosotros, incluso aunque sea un objeto de producción humana. Uno se puede objetivar con respecto a él. Pero el lenguaje, en particular el signo, la palabra, el sonido, el lenguaje como tal, *no es como un objeto*, en el sentido en que nosotros *estamos constituidos* por el lenguaje. Entonces a nadie se le ocurre decir que el color verde tiene una relación arbitraria con el árbol, porque si veo un árbol, tengo hábitos generados desde que soy bebé que me hacen saber que determinadas morfologías, determinados impactos sensoriales, son «árbol». No puedo elegir sobre ello. Para mí —ni para nadie— es arbitraria tal relación. Y lo mismo —y eso es lo que sistemáticamente se olvida— pasa con el sonido. Yo, desde que soy niño me acostumbré a que el sonido «árbol» es parte del árbol, como lo son la corteza, las hojas, la sombra y todo lo demás. Entonces para mí, en español que es en lo que se formó mi sistema neuronal, mi cerebro y sus hábitos constitutivos (que son constitutivos de mi ser, de mi yo), el ruido «árbol» tiene un significado emocional que está lejísimos de ser arbitrario, o de ser equivalente a «tree» o a «arbre» o a cualquier otro sonido de palabra. En ese sentido no hay nada de arbitrario en el signo, porque solo sería arbitrario para Dios: para alguien que no tenga ningún lenguaje a priori. Pero es evidente que no hay nadie a nivel humano en tal situación.

Entonces, me parece que hay una cantidad de cargas inconcientes que yacen en los sonidos, en los sentidos, básicamente, en el cableado de los sentidos que no son significado pero que producen una cantidad de efectos, con respecto a los cuales nos orientamos, etc. Incluso la palabra.

A. Z. — Toda una corriente del Psicoanálisis se ha desarrollado a partir del estudio de De Saussure. Por eso te decía, hay una dimensión muy cercana no solo con relación al lenguaje sino con respecto a una actitud de comprensión del mundo que es muy cercana a muchos estudios psicoanalíticos actuales. Por ejemplo en uno de tus trabajos tú hablas —sé

que lo estoy sacando del contexto en el que fue escrito y sin la referencia al tema—, pero tú decís, que *«la interpretación, en la medida que es adecuada, produce una resonancia en quien la escucha, que de algún modo eso es lo que le da validez, que le da valor. Y que de pronto ese mismo término: «resonancia» ha caído muy en desuso y no es muy del agrado de la ciencia objetiva»*, pero sin embargo desde el Psicoanálisis es un concepto que tiene que ver también como un elemento que sirve para tomarlo como validación de las interpretaciones; la resonancia que puede tener en el paciente una intervención, una palabra del analista, un gesto, o algo.

- A. M. — Quiere decir que parece que anudan muchas reacciones emocionales, motoras, psicomotrices y eso se percibe y no hay duda de que se percibe, cuando se dice: tu cara es transparente, o tus gestos...
- A. Z. — Exacto. Y eso tiene una larga tradición en el Psicoanálisis, desde *Psicopatología de la Vida Cotidiana*, un texto de Freud de 1901 que realmente descubre el valor de toda esa gestualidad mínima, como el tic o el jugueteo con cualquier objeto en la mano mientras uno está hablando, que son también un lenguaje, están diciendo algo.
- A. M. — Sí, por supuesto. De acuerdo. Habría muchos lugares para ir ahora en esta conversación... Uno de esos lugares tiene que ver por ejemplo, para ir por cualquiera, con el ruido que hace —creo que notorio para todo el mundo ya hace tiempo— el formateo institucional de las disciplinas. Es decir, en el mapa disciplinar que se genera en el XIX, con la Universidad europea primero, hay un claro paradigma objetivista que es el que organiza y legitima el saber, y aparecen ahí las ciencias duras, la Matemática, la Física en aquella época; y después otras disciplinas que se van formando, que van madurando, la Química, cosas, formas incipientes de la Biología, que no tenía mucho que ver con lo que es ahora, y se estructuran a imagen de ellas las Ciencias Humanas, las Ciencias Sociales o las Humanidades, una mezcla de ambas. Creo que hay allí una especie de conflicto paradigmático interno donde por un lado hay una línea que termina siendo la más fuerte al principio, que es la de buscar cientificar las Humanidades y las Ciencias Sociales y buscar métodos cuantitativos, verificables, sistemáticos, replicables.
- A. Z. — Al que el Psicoanálisis no es ajeno tampoco, por lo menos una corriente dentro del Psicoanálisis no es ajena tampoco.

A. M. — Ahí está. Y bueno. El estudio psicológico en general, lo que es mediciones, no estadística, todo eso tiene una tradición. Lo mismo con la Frenología y estas disciplinas que se veían científicas en el XIX, que intentan mensurar el conocimiento psicológico y el conocimiento humano.

También hay otra línea, que es la de buscar o la de entender las disciplinas, estas otras, como disciplinas hermenéuticas asociadas a la interpretación; en donde de lo que se trata es de generar una comunidad de expertos que tenga un lenguaje común, una tradición común y que pueda discutir y llegar a interpretaciones consideradas válidas y revisables.

Todo esto genera —vamos a pasar a concentrarnos en las Humanidades— que todo lo que no es intelectual, es decir ponible en palabras y en textos escritos, *no es*, no existe, no es campo de la investigación. Por eso me parece que hay grandes dificultades de las Humanidades tradicionales para entender lo que pasa en un mundo en el que el lenguaje ya no juega el lugar que jugaba en 1900. Ha cambiado el lugar jerárquico del lenguaje verbal en términos de su relación con el poder, con la política, y hasta con el conocimiento, porque hay formas de conocimiento que son no lingüísticas o no esencialmente lingüísticas —aunque, naturalmente, se desarrollen en un lenguaje ad-hoc—, como por ejemplo todo lo que tiene que ver con la Ingeniería de Sistemas, Computación, que tiene que ver con habilidades, diseño, espacio, procesos abstractos...; tiene una base matemática, una base lógica, pero se aprende obrando en la práctica realmente. A pesar de que tiene una carga teórica, lo básico es entender en la práctica cómo se programa y cómo se va llevando alguna cosa hacia una realización; también cómo se planifica un proceso y cuáles son los pasos que hay que cumplir cuando se lo lleva adelante. Y todo eso se hace con una participación marginal del lenguaje —sí de un lenguaje de programación, el C++ o cualquier otro—. Es claro que no estamos operando ya acá con el lenguaje en el sentido de los diarios, del ensayo académico, es decir, de aquel lenguaje que era central al poder, el lenguaje que fundó la disciplina humanística y las Ciencias Sociales.

Entonces si antes, en aquel modelo del XIX las Humanidades, las Ciencias Sociales reinaban —la Filosofía era la reina y por debajo las

otras— hoy por hoy hay un corrimiento del rol, de la importancia relativa y del rol social del lenguaje. Julio Herrera y Reissig, ya que estábamos hablando de él, era un sujeto visible con alguna forma de poder, porque manejaba aquel lenguaje en un tiempo en el cual la política y el poder y el Estado, funcionaban exclusivamente en base a escritos, o a discursos. No había siquiera radios. Lo que había era diarios y discursos. Entonces, cualquier sujeto que maneja el medio de comunicación principal es como una figura que todos los canales de televisión o todos los espacios audiovisuales quisieran tener con ellos, porque genera capital simbólico. Mientras que el dueño del medio tiene capacidades limitadas de generar algo él mismo en materia de contenidos. Tiene que depender del generador de contenidos. Entonces el poeta o el escritor, Rodó es un ejemplo claro, un intelectual con una gran influencia, independientemente del juicio que merezcan hoy sus ideas, con gran influencia en el 900, continental, transatlántica incluso, sobre todo por haber escrito un libro, que es *Ariel*, el libro que le dio la fama. Y eso es hoy totalmente impensable. Hoy puede haber escritores muy importantes, pero no pueden ocupar ese mismo lugar simbólico. Pero de todos modos me parece que la escritura no juega el mismo rol en relación con el poder y demás que jugaba. Y he aquí un problema enorme: eso, el mundo educativo, no lo está reflejando bien.

- A. Z. — ¿Eso, en tu planteo, ha ido en detrimento del lenguaje?
- A. M. — No. Pero ha ido en detrimento de la legitimidad del sistema educativo. La gente se da cuenta que lo que le están enseñando es de algún modo disfuncional. Si le están tratando de repetir una educación decimonónica, por más reformas que haya tenido, nuestro sistema educativo en particular sigue siendo un sistema totalmente decimonónico en sus prioridades, sus carriles, y la gente se da cuenta. Hace rato, que hay una disfunción ahí. No hay, no puede haber, una «prueba» definitiva de esto que digo, pero me parece notorio. Si ves, la gente dice: es mucho mejor el funcionamiento de los liceos que están en la costa o en barrios de mejor nivel socioeconómico. La razón de eso es clara, y es que el imaginario de los padres y de la familia y el grupo de referencia de esos muchachos que estudian en esos liceos de la costa es más armónico con la educación decimonónica, con una educación basada en

lo escrito y sus jerarquías; todavía ese grupo social —porque se crió en base a libros y en base a aquellas jerarquías y referencias del saber— es capaz de conservar una tradición en donde el lenguaje era un elemento central, el lenguaje escrito, especialmente. Eso es menos así en sectores a los cuales se había hecho entrar dentro de esa lógica en base a un gran esfuerzo hecho por el Estado y demás. Pero apenas el mundo empezó a disonar más fuertemente con aquel paradigma, esos sectores son más vulnerables a esa disonancia, y se alejan. Naturalmente gravitan hacia un código audiovisual, donde el lenguaje escrito no juega casi ningún papel. No leen libros, no tienen libros, nadie leyó libros en la casa, ni la madre, ni el abuelo, capaz el abuelo leyó, y por lo tanto para los muchachos que llegan al liceo todo ese mundo del escrito y eso, es muy raro, muy distante y no está nada claro para qué va a servir.

No estoy queriendo decir que aplaudo que la comunicación social sea así. Y además, es menos así en los países más desarrollados. Y peor aún: si bien lo escrito no juega ese rol simbólico que jugaba antes, sí que es esencial al manejo del conocimiento, del poder, de la ciencia aplicada, de la técnica, y de la burocracia. En todos esos sentidos saber leer y escribir en serio, es decir, en el sentido decimonónico, es esencial, sigue siéndolo. Pero mientras antes el sistema masivo de comunicación social gravitaba en torno a esa idea, la reconocía, hoy la oculta. En ese sentido es más fácil engañar hoy a la gente, y mucha gente pasa insensiblemente hacia una cultura de la oralidad que es, en cierta forma, una cultura de la ignorancia y la indefensión. La acepta hasta alegremente, se enorgullece de ella y desprecia lo que ignora, como decía Antonio Machado.

En este panorama, se produce un equívoco: se le echa la culpa al sistema educativo de la situación de fracaso. Hoy por hoy estamos llenos de diputados, de señoras y señores de todo tipo, que parece que tienen la cosa muy clara, y todos están contestes en lo malos que son los profesores y los maestros uruguayos. Pero están equivocados. El sistema educativo, que realmente está horrible y lleno de problemas de distinto tipo (especialmente su implacable corporativismo), no es el principal responsable, porque lo que se le pide al sistema educativo es que haga una cosa imposible: es decir, *que eduque masivamente*

a la gente en aquello para lo que la gente no quiere ser educada. Es la sociedad uruguaya la que ha fracasado, no su sistema educativo. Es el imaginario uruguayo el que está mal, y no sus profesores y maestros, que a lo sumo pelean (con un tenedor en la mano) para juntar unos ideales y objetivos educacionales obsoletos, con una sociedad que, masivamente, ya no los valoran, y ni siquiera los entiende en lo básico. El público de la educación no siente, no entiende para qué tiene que ir para ese lado, no siente que eso sea útil, que sea beneficioso, que sea deseable; entonces se resiste.

A. Z. — Pero allí te preguntaría: de hecho, esa característica ¿no ha sido siempre una característica inherente a la educación?

A. M. — La educación siempre tuvo que vencer una resistencia, sí.

A. Z. — Necesariamente, por definición, ¿no tiene que vencer una resistencia?

A. M. — Claro que sí. Pero si la sociedad garante que vencida la resistencia los efectos van a ser positivos, útiles, buenos, la gente entiende que tiene que vencer esa resistencia porque hay un premio.

A. Z. — ¿Hay posibilidad de garantizar eso?

A. M. — Yo creo que ahora no, antes sí. El sistema educativo funcionó razonablemente bien en este país. Comparativamente a como funciona ahora, ni que hablar. Y funcionó bien porque... a ver, aprender a escribir, conocer la cultura, saber quién era Picasso, te pongo un ejemplo grotesco, quiénes fueron los presidentes del Uruguay o conocer un poco de historia y demás, era parte de la conversación en la cual entraba un sujeto cuando entraba en un mundo que le prometía un avance económico. La cultura general, tenía un porcentaje importante de contenidos vinculados a las disciplinas decimonónicas de las que hablábamos: Historia, Filosofía, Literatura. Ser culto tenía que ver con eso, y el mundo del poder —el mundo político, claramente— estaba lleno de gente que tenía posibilidades y necesidad de alternar en esos códigos. Hoy no. Creo que el mundo se volvió menos analítico, menos lineal y menos confiado en que conocer alguna tradición de discusión te vaya a dar alguna ventaja.

Ahora por ejemplo, tiene mucho éxito en nuestro país de «nuevos uruguayos» cierta actitud de reacción espontaneísta a lo que se va

presentando, y la sociedad está tan estructurada a un nivel funcional, que no importa si resuelvo mis problemas con una gran excelencia, porque para subsistir en el Uruguay, por ejemplo, no hace una gran diferencia que resuelva a un nivel excelente o a uno que me permita seguir girando. Lo resuelvo más o menos y ya está, y de todos modos no hay mucho más. Entonces ese deseo de excelencia tampoco está premiado, en el Uruguay especialmente, también por cómo es el Uruguay, o sea que tiene una cantidad de formas de acolchamiento, de protección de la ineficacia y protección de la rutina y de solidaridad —creo yo mal entendida— de formar grupos que mantienen un *statu quo* con independencia de si ese *statu quo* es bueno o malo.

Entonces ese tipo de cosas que en el Uruguay pasan por muchas causas que no importan ahora, históricas y demás, y de escala, de tamaño, hacen que, me parece, se genere una escisión. Lo bueno es que hay un grupo de gente, que no sé si es mayor o menor que antes, capaz que es hasta mayor, que busca formas de excelencia, que muchas pasan por estudiar acá y afuera, vincularse con el mundo de diferentes maneras, estar en el Uruguay y no estar, etc., etc.. Formas como de ampliar su horizonte. Pero hay muchos otros que han aceptado que estar en Uruguay es una cosa conocida, de una forma determinada, y que la saben hacer. Toman decisiones racionales y mantienen el país como está. En fin... me parece que la conversación se despistó, esto ya no tiene nada que ver con «efectos de palabra».

- A. Z. — O sí, porque también tiene que ver con la palabra, con el valor del lenguaje.
- A. M. — Quizá tenga que ver con el valor de lo escrito. Un campo —para poner cierta claridad en todo esto, que puede ser muy confuso—, un campo que está muy desarrollado desde los años 60 en adelante son los estudios sobre oralidad y escritura. Ahí hay mucho de lo que estoy diciendo. Es claro que la sociedad se está oralizando de vuelta, es claro que estamos pasando, así como pasamos en Grecia de una sociedad oral a una sociedad escrita en la época de Platón aproximadamente, que son los primeros que escriben sistemáticamente, ahora estamos haciendo un proceso en algún sentido en contrario, yendo de una sociedad escrita a una oral. Aunque claro, no estamos volviendo a la Grecia arcaica, sino

que el lugar hacia donde estamos yendo o donde ya estamos es un lugar que ya presupone la escritura en un nivel. De modo que hay cosas que solo se hacen por escrito, hay formas de vivir, de comunicarse, de pensar, de producir, que son por escrito y que siguen existiendo y tienen su lugar, dentro de ese cambio general hacia la oralidad. Por ejemplo, si vos querés funcionar como asesor de gobierno, de una empresa, hay un trabajo analítico, expositivo que es por escrito. Además vos precisás el recabar información y comunicarla, que incluya no solamente datos sino también interpretación. Y es imprescindible eso para hacer funcionar al Estado, para hacer funcionar las empresas, etc., todo eso tiene que ver con lo escrito también. Y hay otra cosa donde lo escrito funciona perfectamente que es en el contar cuentos. Creo que eso está totalmente vivo, la idea de establecer una narrativa sobre cosas y comunicarla. Ficción o no ficción, prensa, historia, política... Todo eso funciona en base a cuentos, a narración. Eso creo que está vivo y tiene buena salud. Y la comunicación por escrito en el mail o el chat también por su forma, se va adaptando a la rapidez y demás.

- A. Z. — Ha cambiado su expresión en la escritura. Eso te iba a preguntar, porque también es un nivel que ha sustituido en una dimensión importante al vínculo real, el vínculo virtual, el chat.
- A. M. — Pero el camino me parece que se va apartando de lo escrito, a una forma de comunicación más presencial; el chat se va transformando en la camarita, hablar. Aunque, si se tiene facilidad para escribir, a veces se prefiere evitar el contacto visual, directo y se prefiere escribir porque la distancia ahí se mantiene un poco mayor, y a veces eso es deseable.
- A. Z. — Sí, eso sí, pero yo preguntaba además en esto de la sobreabundancia de los mensajes de texto, que se han convertido hasta en un sustituto de la llamada telefónica.
- A. M. — Por una razón de costo además. Las compañías telefónicas en el Uruguay son tan insolentemente caras, tan increíblemente prohibitivas, que contribuyen fuertemente a que la gente no hable por teléfono, aunque han logrado vender más de un celular per capita. Por casi todo lo demás el mensaje de texto es insoportable. Aunque es un poquito menos invasivo que llamar. El que recibe el mensaje lo puede leer inmediatamente, o leerlo después, o no contestarlo por ahora; no

es lo mismo que obligar a alguien a la violencia de decir: «no puedo hablar ahora». En ese sentido tiene esa ventaja, que es más mediado que lo en vivo o que lo presencial, aunque sea telemático. Pero yo creo de todos modos que las interacciones sociales, a nivel por ejemplo de la política, la comunicación social, han vuelto a ser las propias de una dinámica de la oralidad. Y si uno estudia, mira los estudios sobre oralidad antigua, incluso oralidad contemporánea, en sociedades que son más orales que escritas, nota muchas cosas que son clásicas de la oralidad, o sea la intensidad de emoción, el repentismo, el ritmo, una actitud conservadora respecto al conocimiento en el sentido que incluso un conocimiento falso, o sea, las cosas no son revisadas, para retenerlas hay que repetirlas, entonces se repite cualquier bobada, siempre la misma. Y hay más interés de repetirla para formar parte de una comunidad emocional, y lo emocional está acentuado en lo oral, a diferencia de lo que pasa en lo escrito, que favorece el revisar lo dicho/escrito con una actitud analítica del lector. «¿Este dato será cierto?»

Yo no sé si estarás de acuerdo, pero hay un fenómeno, una cultura, una subcultura del llamado *free style* que se ha desarrollado a partir del hip hop, fenómeno que empezó en algunas zonas negras de Nueva York, después se extendió, ahora en el Caribe hay una cantidad de gente, en inglés y también en español, que lo hace. Son payadas. El modelo que tenemos nosotros de la payada es exactamente lo mismo. Se enfrentan dos pibes, uno improvisa con un ritmo simplemente detrás, con una computadora y un ritmo, un beat, y empieza a improvisar un discurso sobre ello. A la Homero digamos, con ritmo verbal y con rima a veces; en el caso que sea muy bueno se hacen décimas como en la payada tradicional, a veces son más irregulares en el ritmo, la rima. Y después que se logró un efecto se detiene, el otro sigue y contesta, y así hasta que uno «pierde», digamos. Hay un tipo por ejemplo que se llama Mozart La Para, que es un fenómeno. Entonces, esas formas de la cultura oral se están pasando me parece, están impregnando la cultura en el sentido más amplio. Por ejemplo las formas de acción y de reacción...

- A. Z. — Esas formas de la cultura oral, —como tú decías al hablar de los discursos de Herrera y Reissig en las Jornadas— ¿están teñidas de la ocasión, del momento?

- A. M. — Claro, totalmente. Pero lo de Herrera es muy distinto.
- A. Z. — No, no estoy mezclando, me estoy refiriendo más a la ocasión; una producción que es más para la ocasión, que no está destinada a perdurar ni a ser registrada.
- A. M. — Son para la ocasión totalmente, no en principio, sino que se juegan todo en su ocasión, pese a que sean a menudo registradas. Hay rasgos de la oralidad que los estudiosos del tema escriben como rasgos característicos de las culturas orales. Ya mencioné algunos antes, un poco al voleo... emocional antes que intelectual; improvisadora antes que elaboradora de largo plazo; de referencia cercana; de jerga o lenguaje local y no universal; con una actitud agonística, competitiva; siempre tiene que haber un nivel de controversia, y eso implica la presencia de un otro a quien hay que ganarle de alguna manera, y el juego de competir está siempre ahí, al alcance de la mano. Después, tiende a ser más conservadora con esto que decía, la única forma de conservar los contenidos es repitiéndolos, se vuelve repetidora. Claro que eso a largo tiempo probablemente tenga un efecto de filtrado positivo; los contenidos que se conservan y se repiten por algo será, y deben ser buenos, deben tener algo interesante, algún gancho, algún funcionamiento que aconseja a la gente repetirlos. Pero también tiene el peligro que se repitan cosas sin comprobarlas, cosa que pasa en nuestra cultura de hoy continuamente. Siempre se dice: «yo pienso que», pero en realidad muchas veces uno se descubre a sí mismo diciendo «yo pienso», pero en realidad yo no pienso, yo estoy repitiendo lo que piensa quién sabe quién; la habladuría famosa. Entonces eso está particularmente fuerte, muy exacerbado. Y el ritmo juega un papel muy grande también porque es un instrumento mnemónico y le da al discurso un interés, un interés que suple, o está en lugar de otro tipo... no es contradictorio, de otro tipo de interés que sería más interés por el contenido, lo interesante, lo nuevo.

Entonces, todas las cosas que la cultura escrita trajo que tiene que ver con lo analítico, una distancia del espacio y tiempo entre el productor y el receptor de discurso y su conocimiento, una mediatización de la referencia, una fetichización del documento, una elaboración del texto como objeto en sí, autorreferencialidad, una independencia rela-

tiva del intérprete respecto del texto que le permite tener una actitud crítica... todo eso se hace menos presente en una cultura más oral.

Sobre esta dimensión, en relación a la comunicación política, se ha hablado mucho. Hay gente esencialmente no racional que tiene gran impacto mediático, quizá *gracias* a eso, he ahí el problema, porque después resultan bastante malos para los trabajos que deben desempeñar. Un ejemplo sorprendente para mí de eso es Bush hijo; yo vi los debates, una política monstruosa como todo el mundo ve y ha comprobado, pero en su discusión mediática quedaba muy bien el sujeto, incluso el debate con Kerry que era un hombre más formado, ganó Bush en los debates claramente. No sé cómo hizo, pero ganó claramente. En eso, está muy lejos de ser el estúpido que alguna gente pinta. Por lo menos para esa cosa tiene una habilidad táctica digamos, muy fina. Y a pesar de que cometa errores, no importa; estoy poniendo el ejemplo de alguien que tiene eso que hay que tener para convencer y ganar, y que no tiene atrás una solidez o valores de otro tipo. Por ejemplo Mujica engancho a mucha gente por vender o generar un personaje que es muy empático con el supuesto «uruguayo medio», o con la imagen del uruguayo medio que tiene el público aquí, algo así —pues claro que no hay uruguayo medio. También Mujica maneja muy bien ese nivel de respuesta sintética y con «punch», igual que lo hacía Bush hijo— quizá a los partidarios de Mujica no les encante este paralelismo, pero creo que está justificado. Cuando le preguntan a Mujica sobre un tema muchas veces dice algo original con bastante fuerza, pero no muy analíticamente explicado; muchas veces de hecho, lo que dice es un disparate práctico, una vez que el tema al que se refiere se analice con cierta actitud de llevarlo a la práctica; cuando uno se pone a tratar de ver cómo se aplica, qué sigue, qué implica. Y creo que eso se está viendo ahora, que ha lanzado una cantidad de ideas interesantes de por sí, pero que no pasa nada en el gobierno, que hay, no sé, una anomia, un trancazo.

Frente a eso, lo que me llama la atención en los últimos años, es que la gente que es más articulada, que claramente habla más como se escribe, cae mal, le cae mal a la gente y yo no entiendo del todo por qué pasa eso, pero pasa. O sea, es como si hubiera una cantidad de gente que ya se resiste a la cultura de lo escrito y a lo intelectual;

se resiste de una manera no articulada, pero muy clara. Vota con los pies. Me acuerdo sobre todo en la última campaña electoral, aunque no estaba acá, me daba cuenta que había, atravesando los partidos, una cierta actitud muy «inconciente», si querés usar la palabra en sentido folk, de darle más valor a figuras mejores para lo oral, más repentistas, más graciosas, más inventivas, que a figuras más sistemáticas, más estudiosas y sólidas. En ese sentido, acá me refiero a lo no verbal, a ciertos «efectos de palabra» si se quiere. Por ejemplo las figuras de Mujica o Lacalle eran más entradoras que las figuras de Sanguinetti o Astori. Y ahí creo está clara una posible división: Astori es un tipo interesante para hablar pero es casi obsesivamente racional, sus argumentos están armados en pisos, es alguien inusualmente estructurado para argumentar, es muy bueno en ese sentido. Y luego Sanguinetti también, como sabemos. Y lo extraño, lo que he notado como novedoso, es que últimamente *mucha gente interpreta eso casi como mala onda*. Es absurdo, es sorprendente. Aparece, ante la gente más articulada para argumentar, una mezcla de impotencia y rabia del público, como diciendo: «yo no te puedo seguir en esa, pero peor para vos». Y van y homologan al otro, refrendan al menos articulado, al de estilo menos estructurado y menos «racional» en sentido decimonónico. Claro que hay una parte de la sociedad, no sé si es la mitad o cuánto, que funciona al revés, o sea que es sensible al tema, a quien le seduce y ve el valor del pensamiento ordenado, analítico, «profundo», lo que sea. Pero hay una cuestión de tiempo también; parece que no hay tiempo para comunicarse, no hay tiempo para pensar varias veces una cosa; también creo que hay un desánimo. La gente cree que no vale la pena hacer el esfuerzo porque todo va a seguir siendo igual, algo no muy claramente formulado pero que está en el escepticismo general. Son muchas cosas; pero están, me parece que están todas, y otras también.

- A. Z. — Pensando a propósito de cosas que tú decías en otros contextos, que también lo decías en la exposición que hiciste sobre Herrera y la biografía, esta capacidad —no sé si se puede decir de orden social— pero como de tejer un mito, tejer un hilo que me parece que está vinculado con esto que estás diciendo y que está muy presente en tu obra

en distintas cosas; rescatar un hilo metafórico, un hilo mítico que de algún modo está como sustento de un contexto. Lo vi por ejemplo en tu interés en la Astrología, pero no solo en eso. Me parece que está por ejemplo, lo mencionabas en la discusión sobre Herrera, la poesía...

- A. M. — Es que, como decía antes, creo que una de las cosas que está más viva del lenguaje, es contar. Y contar es una cosa muy específica, algo distinto a todo lo demás. Es una cosa que los seres humanos sabemos hacer: sabemos generar una secuencia de contenidos que se mantenga viva como un organismo, que tenga una vida propia. Esa secuencia que tiene una vida, no puede ser cualquiera y tampoco se puede decir cuál tiene que ser. Hay que hacerla y ver. Cuando uno la está haciendo se da cuenta que tal parte no va; es curioso, por más que está bien en sí, tal parte no va en la secuencia.
- A. Z. — Ahí es donde se nota tu intervención en la narración de la vida de Herrera, donde no es solamente un mero racconto de datos, ni una investigación sesuda y académica sino todo el hilo narrativo que le das.
- A. M. — Sí, cuando yo empecé la biografía había hecho primero el primer capítulo introductorio, y me daba cuenta que había ahí un hilo, la punta de un hilo que se podía seguir. Que era el final, y paradójicamente era el principio también. Pero después me perdí. Empecé a escribir un capítulo que me llevó como más de un mes entre lectura, escritura, que fue en el invierno de 2009, que era la genealogía de Herrera. «Ahora vamos a empezar desde antes del principio» pensaba yo. Y la genealogía de Herrera es un tema fascinante. Sin embargo no entró en el libro. Todo ese capítulo lo tiré, digamos.
- A. Z. — Pero está incluido de algún modo.
- A. M. — No, está en las notas una parte y pedacitos en el libro. Pero no pude hablar mucho de la bisabuela y el bisabuelo que son fascinantes. Consolación Obes sobre todo, que da para un libro ella sola, y Nicolás Herrera. De ellos quedaron cosas en notas al pie, que son fragmentos del gran capítulo que había escrito sobre su tiempo. Pero me daba cuenta que me había quedado muy largo, era mucha información. Era muy interesante, pero si me ponía a hablar de algo tan interesante con tanta información, rompía a Herrera y Reissig, que era el tema del libro. Ese es un ejemplo práctico, de que hay cosas

que pueden ser interesantes en sí, pero que si no entran dentro de la estructura que me manda, esas cosas no las podés poner, tenés que renunciar. A mí me costó sacarlo después de haberlo escrito. Eso es grueso; pero después hay millones de cosas que tiene que ver con frases, con párrafos, con cosas que hay que sacar. No se sabe acaso qué es lo que está mal con ellas, pero se sabe que no van. O como se dice a veces que un personaje, de una novela, en un caso de ficción «reclama» determinadas cosas y «niega» otras al autor, como si mandara el personaje. Y es cierto.

Lo mismo pasa en cierto modo con la Astrología. Para mí es fascinante ese tema. Primero que nada llegué a él cuando tenía unos 20 años y pico con gran escepticismo, esto no puede funcionar, vamos a ver qué es. Encontré dos cosas que son muy interesantes: una, es que sí funciona, aunque no se sepa por qué. La otra, que consiste en construir una narración que haga sentido para el destinatario, con la peculiaridad de que los momentos clave de esa narración están temporalmente marcados por el cielo, por los planetas y sus posiciones relativas. Y eso es así de modo totalmente certificado. No puedo dar una fundamentación de ningún tipo sostenible, o contrastable de por qué funciona. Pero como se comprende, eso no es razón para que no funcione. Lo que corresponde a quien dude de lo que digo es practicar y ver, o sea suspender un poco el juicio basado en razones epistemológicas e ir a la práctica y decir bueno, vamos a ver cartas astrales y a ver si aprendo este lenguaje, si lo aprendo con suficiente profundidad como para poderlo hablar y luego si lo hablo y hace sentido para la persona que está del otro lado, o para los hechos que estoy mirando, o para mí mismo. Pero no solamente, porque hasta ahí uno puede decir capaz que vos sos un muy buen retórico y hacés que funcione porque hablas lindo, o hablás mucho y embarullás a la gente. O también se puede decir, sobre el contenido de descripción: bueno, pero la descripción del carácter, de la personalidad, es una cosa muy vaga, de límites muy anchos digamos, en donde a veces todo cabe, y una persona se puede identificar con cualquier descripción y a veces es difícil contrastar. Eso creo que es un argumento que es más difícil de hacer de lo que parece, porque la gente generalmente es muy sensible a sí misma y tiene de alguna manera un

conocimiento propio que es bastante consistente. Y si alguien empieza a decir disparates totales en la descripción caracterológica, la persona va a reaccionar diciendo: no, eso no es cierto.

- A. Z. — Como en cualquier interpretación desacertada en psicoanálisis, que cae en el vacío.
- A. M. — Correcto; en ese sentido, yo creo que ahí ya damos un paso a favor de la Astrología, porque si ese diálogo entre el astrólogo y el otro no fracasa, eso quiere decir que algo hay, por lo menos vamos a darle un beneficio tibio, que sería; las categorías, que son básicamente categorías mitológicas de la época griega y demás, símbolos de diferentes vertientes antiguas y que los griegos sintetizaron, tienen algo que decir todavía, porque son significativas, son dicentes, impactan.

Pero hay algo más fuerte todavía a favor de la Astrología. Se trata de los *tiempos* que las cartas astrológicas marcan. Eso es duro y contrastable. La Astrología marca períodos de la vida, tiempos, ritmos, que tienen determinado contenido cualitativo, es decir, son tiempos de crisis, de crisis en un área o en otra área del desarrollo personal. Y esos tiempos funcionan, y funcionan invariablemente, con precisión que no dudo en calificar de asombrosa. Las cartas consistentemente funcionan, todas, si están bien hechas. Eso es lo que yo he constatado al dedicarme años al asunto. Ahora, por qué pasa eso. Hipoteticemos juntos, no sé. Tengo mis ideas, algunos tendrán otras, pero creo que claramente no sabemos por qué. Probablemente nos falte información acerca de una estructura del cosmos o de los vínculos entre lo que llamamos *bio* y lo que llamamos *psique*, las diferentes combinaciones; y también lo que llamamos *destino* como sucesión de hechos que acaecen para una conciencia. Creo que seguramente no sabemos muchísimo de todo eso, pero que no sepamos las causas de algo, no alcanza para decir que ese algo no existe. Entonces creo que estamos en esa situación exactamente; no sabemos las causas y no deberíamos decir que eso no existe solamente porque no puede existir de acuerdo al paradigma del conocimiento objetivista que se maneja habitualmente. Mi única defensa al respecto es «yo lo he practicado y lo practico habitualmente y es consistente y funciona». Entonces habrá que pulir el lenguaje, seguirlo practicando, transmitirlo y eventualmente pensar

o investigar cuando tengamos más herramientas; cuáles pueden ser las formas en las cuales la estructura del cielo digamos, en sus ritmos, en sus repeticiones, corresponde con la estructura de las vidas. Pero sí corresponde. Eso es lo raro.

A. Z. — De ahí fue de donde extraje el término «resonancia» que hoy mencionaba; que tú utilizas como elemento validante de la interpretación.

A. M. — Y sí. El ritmo; el ritmo ha venido una y otra vez en la conversación. Es una de las cosas más básicas y más importantes en distintos planos de nuestra experiencia. ♦